

María Dolors Montaner

Ana Anula Rodríguez, Rosario Cuenca Zamorano, Luisa Serrano Donaire
Unidad de Perfusión del Hospital Virgen de las Nieves, Granada

La noticia del fallecimiento de nuestra compañera Lola Montaner, de la Unidad de Perfusión del Hospital Virgen de las Nieves de Granada, ha supuesto para todo el colectivo del perfusionistas de España un profundo impacto. En nombre de la Junta Directiva de la Asociación Española de Perfusionistas, y en el mío propio, quiero expresar nuestro profundo pesar a su familia, a su equipo de trabajo y en general a todos los compañeros que han compartido su recorrido profesional.

Desde la AEP hemos solicitado a sus compañeras perfusionistas una despedida pública en el medio que nos une, nuestra revista, para recordar y honrar su trayectoria como miembro insustituible de nuestro colectivo.

Carmen Luisa Díaz Álvarez
Presidenta de la AEP

María Dolors Montaner i Perisé, Lola, nació en el Pirineo Catalán hace algo más de sesenta y un años. Tras su formación como ATS en la Escuela del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau de Barcelona, trabajó durante poco tiempo en el Hospital Clínic de la misma ciudad, y se trasladó a vivir a Granada donde desarrolló una larga carrera profesional en el Hospital Universitario Virgen de las Nieves hasta finales de 2013, momento en el que enfermó.

En 1983 se incorporó como perfusionista al grupo inicial del Servicio de Cirugía Cardiovascular, creado entonces, donde permaneció ininterrumpidamente hasta su baja con motivo de la enfermedad que, finalmente, acabó con su vida.

Tuvo una fructífera carrera por su duración, treinta y tres años, y por su trayectoria, pues ocupó siempre puestos de especial dificultad y responsabilidad, pero, sobre todo, por la forma en que la que ejerció su profesión: con inteligencia, con responsabilidad, con gran sensatez y abnegación en lo profesional, y con muchas e importantes virtudes humanas, entre las que destacan lo equilibrada, sensible, sencilla, generosa, delicada, discreta y prudente que era, su bondad, en una palabra, sin buscar nunca protagonismo alguno.

Y así, con este estilo personal y profesional, ayudó con su trabajo a aliviar el sufrimiento de miles de pacientes. Ojalá haya sido consciente en vida del mucho bien que hizo.

Fue, para todos los que trabajamos con ella, sin distinción, una gran compañera, alguien capaz de soportar también la carga de los demás, aliviándolos. Y sin pedir nada a cambio. Su capacidad de empatía superaba lo previsible.

Esta capacidad no estaba exenta de un firme interés por serlo en los aspectos más superficiales pero también en los más profundos del ser humano.

Hace poco sus amigos comentábamos que fue una excelente compañera de viaje, y pensábamos, ¿se puede decir de alguien algo mejor que «fue una excelente compañera de viaje a lo largo de treinta años»?

En su enfermedad, demasiado larga y cruel para alguien a quien se quiere, con nula respuesta al tratamiento, tuvo un comportamiento sencillamente sobrecogedor. Durante quince meses su entereza, su resignación inteligente y equilibrada entre momentos de gran sufrimiento y, sobre todo, su comportamiento

durante los últimos días de su vida, sirvió como ejemplo de valentía y dignidad para todos sus compañeros y amigos, protagonizando, especialmente, un final de una grandeza extraordinaria.

Ahora sólo nos queda decirte adiós. Te queríamos todos, y a partir de ahora, a los mil kilómetros que separan Granada, a la que tanto diste, de tu Pirineo, al que tanto amabas, seguiremos queriéndote siempre. Adiós, Lola. Buen viaje. Descansa en paz.

